

La Fatal y Fabulosa historia de Claude

Garcia Alberti



Image not found.

Capítulo 1

(Introducción)

Éste es el informe policial de la investigación de nombre en clave "Casandra". Si están leyendo éste desafortunado documento, probablemente serán ustedes algún familiar o juez del asunto que nos ocupa. Debo admitir que me sorprende que un caso reabierto como el susodicho, haya llegado a tal repercusión a nivel nacional; cabe destacar que los hechos sucedieron hace veinte años. Muchos de ustedes habrán oído historias del mismo: algunas hablan de fantasmas, monstruos y un sinfín de calamidades innumerables; mientras otras se resignan a la verdad más frágil e insonora, la perturbada historia de un asesino.

Pero la historia que todos desean oír tendrá que esperar, pues antes que nada me presentaré y explicaré mi relación con éste horrendo caso. Soy el detective Fernando Cortés, residente de la bella ciudad de Bilbao. Me considero un hombre tranquilo, razonable, y con una natural atracción hacia los misterios... Serví en el ejército, he luchado en diversas guerras, he visto muchos muertos y atrapado a una infinidad de delincuentes. Pero cuando oí por primera vez las circunstancias del caso, mis experiencias se redujeron a cenizas y no pudieron impedir que los pelos se me pusieran de punta.

Verán, empezó con un correo hará ya un mes, por un asunto de urgencia desde un centro de reacondicionamiento en los Pirineos (el eufemismo para un psiquiátrico). En medio de la noche, el loco en cuestión había empezado a intentar agrietar las rocas de su celda con sus propias manos; los dedos le supuraban sangre y el ambiente se ahogó con la retorcida mezcla de gritos y sudor. Enseguida acudieron los enfermeros, pero había atrancado la puerta con la vieja cama donde dormía, y no pudieron sino estremecerse con el espectáculo. En unos instantes las manos se le hicieron polvo, las irregularidades en la pared rocosa le habían cortado las muñecas como cuchillas y se le habían inflamado las palmas de sus manos. Para cuando lograron entrar rompiendo el cabezal de la cama, ya estaba medio muerto y delirante. Bajo la tenue luz de la luna que entraba forzosamente por el ventanal de la habitación, pudieron distinguir una palabra escrita en sangre sobre la pared: Europa.

Aquí fue cuando el caso empezó a ganar repercusión entre los ciudadanos, no porque estuvieran intrigados, sino porque se mofaban del hombre. Se extendió rápidamente el mito de que el loco creía ser un antiguo dictador de la Francia imperial, una especie de napoleón..., que decía tener

ejércitos listos para venirle a rescatar del psiquiátrico y que en poco tiempo les tendría a todos bajo sus pies. Todo el mundo se reía de él, en las tabernas de la zona era el tema de conversación principal, aunque nadie se lo tomaba con seriedad. El rumor no tenía ni un ápice de veracidad, por el simple hecho de que el loco no había hablado desde hacía diez años.

¿Y qué puedo contarles sobre él? Quizás se llame Frederick Schmidt, o Jean Beauvois, o tal vez Jonathan Smith. Si les digo la verdad, a día de hoy aún no lo hemos averiguado, pues a pesar del estado de su salud mental, es un hombre muy inteligente y en su etapa de fugitivo llegó a hacerse pasar por trece personas diferentes (que sepamos). Habla español, catalán, francés, inglés, alemán y ruso. Es músico y científico, y aunque no sepamos mucho de sus trabajos como físico, tenemos en nuestro poder más de ciento veinte obras para piano de su propia creación. Y ahora se preguntarán, ¿cómo pasó este hombre de genio a fugitivo, y de fugitivo a psicótico? Me gustaría poder darles una respuesta firme, pero aunque en un pasado fuese una persona razonable, de él solo hemos podido sacar los delirios de un enfermo.

Fui al psiquiátrico en los Pirineos y me reuní con la junta directiva. Yo tan solo estaba allí para calmar a los guardias del centro y darles seguridad, pues creían que él era un diablo ascendido desde el propio infierno. Mi única función era hacer acto de presencia y que todo el mundo me viese trabajar como si estuviese muy ocupado, por lo que saqué una libretita y un bolígrafo y empecé a preguntar a la gente como si escuchase lo que me contaban, y fui dibujando algún garabato de vez en cuando para simular que tomaba nota. Sin embargo, llegó un momento en el que no pude retrasar más lo inevitable; tenía que hablar con él.

Entré solo a la celda de contención y lo vi por primera vez: tenía el pelo largo, blanco y rizado; estaba gordo, aunque no excesivamente; su piel era blanca como la tiza y completamente fina, no tenía ni una sola arruga. Pese a mi análisis, era difícil ver algunos de sus rasgos ya que estaba atado con una camisa de fuerza. Pude descubrir un último atributo; había dos manchas rojas ligeramente expuestas en los laterales de la camisa. Deduje que aún le sangraban las manos; era natural tras habérselas desgarrado contra las paredes de la celda.

Unos instantes atrás, el alcaide del psiquiátrico me había confesado que aquel demente se estaba muriendo, y que a cada segundo que pasaba, más crecía su agonía. Intenté compadecerme de él y le ayudé en lo que pude.

— ¡Buenos días!— Exclamé tratando de ser simpático— Soy el inspector

Cortés, pero puedes llamarme Fernando.

Me mantuve callado esperando una respuesta durante unos segundos, pero a medida que el tiempo transcurría la situación se hacía cada vez más incómoda. La habitación no tenía mesa ni sillas, y su luz era muy intensa. Él estaba sentado en un rincón, y ya fuera por la luminosidad o la vergüenza, ocultaba su rostro apretándolo contra la acolchonada pared. Proseguí acercándome:

— Oye, no he venido a hacerte daño ni a maltratarte. No he venido a pedirte explicaciones, no he venido ni siquiera a investigar. He venido a entenderte, y a buscar el porqué de tu persona, de tus actos...— Le dije de forma muy directa.

Se volteó hasta sentarse enderezado y me miró a los ojos, sin producir el más mínimo sonido, únicamente observándome con una mirada impasible.

— ¿Cómo te llamas?

Sus ojos fueron abordados por una tempestad y empezó a contener un sollozo. Me respondió con una voz tenue— Me llamo Claude.

— ¿Eres francés?

— Claude Debussy.

En un primer momento me lo había creído, pero entonces tuve claro que aquello no dejaba de ser uno de sus delirios. Entendí que era un mote, y desde aquél momento empecé a dirigirme a él como Claude (para poder llamarle de alguna forma). Quizás ni él sabía ya su propio nombre.

Nunca entendí por qué razón decidió romper sus diez años de silencio conmigo. Yo sigo creyendo que fue porque necesitaba contar lo que le ocurría a alguien, para desahogarse. ¿Pero por qué a mí? ¿Le maltrataban en el psiquiátrico? ¿Acaso era la primera persona en diez años que se dirigía a él con educación y buenas intenciones? Nada parecía claro, pero Claude no actuaba con un orden o motivo lógicos; me limité a escuchar su historia sin contemplaciones.

Así que me serené, traje a la habitación dos sillas y una mesa, me hice un café ardiente y humeante, y me preparé para oír la disparatada historia de aquel enfermo. Y aquí, es donde empieza nuestro relato, o más bien el de Claude. Pero no voy a aburriros narrándoos toda su vida de forma telegráfica. Me limitaré a transmitirles lo que me dijo él aquella noche en la habitación durante sus últimos instantes de vida, ya sea verdad o mentira, a fin de conservar la magia de sus palabras. ¿Y que pueden

esperar? Son las oníricas experiencias de un hombre inestable y violento, aunque irónicamente tratan de los romances de su adolescencia.

Capítulo 2

(Infancia)

Cuando alguien sabe que está apunto de oír la historia de un asesino, espera que esté plagada de violencia y muerte; que sea un mundo tenebroso y marginal, lleno de abusos y falta de belleza. No era para nada el caso de Claude, tenía un modo de ver el mundo muy característico: estaba lleno de sonrisas y perfección. Y esto puede parecer bueno, pero en determinadas circunstancias la serenidad puede ser una gran virtud. Su mundo era pues, una utopía.

Empezó describiéndome San Ricardo, su pueblo natal. Era una localidad ubicada en el País Vasco y muy ceñida a las tradiciones; antiguamente dedicada al completo a la agricultura, pero con la revolución industrial a sus puertas, los habitantes del pueblo habían abandonado las granjas para trabajar en fábricas, con la promesa de un futuro mejor. Y mientras en otras localidades había empresas que se encargaban de financiar las industrias, en San Ricardo reinaba el monopolio: José Navarro poseía media población y su riqueza no se medía en oro, sino en casas. Los habitantes estaban arruinados desde hacía años, y el bueno de Navarro les había comprado sus residencias y permitido vivir en ellas a cambio de un contrato de por vida, que les ligaba a su empresa y se traspasaba a las generaciones venideras. Así es como San Ricardo se había convertido en lo que se parece más a un feudo monárquico, que a una colonia industrial.

Y se preguntarán dónde está la utopía, ya que el contexto histórico del relato parece sólido. Pues se encuentra precisamente en la personalidad de los habitantes de San Ricardo, quienes siempre estaban contentos y con la disposición moral y ética pertinente. No estoy hablando de un carácter conformista causado por la manipulación o el lavado de cerebro. Estoy hablando de perfección divina, personajes puramente correctos, con reducido sentido del remordimiento y una simplicidad meticulosa. El amplio rango emotivo de un ser humano le permite adaptarse a las situaciones conforme se plantean. El enfado, el egoísmo y el cinismo tienen funciones determinadas en el desarrollo psicológico del hombre. Por eso la monotonía expresiva y sentimental de los habitantes hace que la historia no se sostenga ni con pinzas, y da otra vez prueba de la inestabilidad mental de Claude. Me dejaré de divagaciones.

El caso es, que no todas las personas de San Ricardo cumplían ésta pauta. Había cinco en concreto que no lo hacían, y por tanto se parecían más a una persona normal. José Navarro era una de ellas, pues requiere mucha frialdad elevar un negocio al nivel del suyo, y sobre todo si es a costa de

la vida de otras personas. Claude, era naturalmente otra; un tipo marginal y un tanto excéntrico. Los padres de Claude eran los siguientes dos, y la última era una muchacha que me guardaré para cuando nuestra historia esté más avanzada.

Los árboles se empiezan desde la raíz, y por tanto lo primero que haremos será desvelar los secretos de los padres de Claude. Era una pareja aparentemente normal, que llevó una vida completamente usual hasta los cuarenta años. Ella estaba embarazada, y él tenía un trabajo fijo en la fábrica como uno de los directores; y con esto quiero dejar claro que ni tenían antecedentes de un comportamiento fuera de lo normal, ni estaban en una situación económica o social desagradable. Supongo que ocurrió porque aquello les sabía a poco. Un día cualquiera como hoy, fueron al banco de San Ricardo y robaron el dinero de toda la población. Nadie opuso resistencia, dado que como he dicho, todo el mundo actuaba con un código moral muy distinguido, y nunca antes había ocurrido algo parecido. De hecho, en la localidad no había ni policías, ni guardias municipales, ni nada parecido, puesto que un acto como aquél era impensable dentro de las cabezas de los habitantes; todos se comportaban de forma absolutamente responsable. Con el dinero robado, la pareja mandó construir una mansión dentro de San Ricardo; y tal era la artificialidad de los lugareños, que no sabían cómo actuar en una situación de abuso tan cristalina. De modo que tras exigírselo los padres de Claude, ellos mismos les ayudaron a erigir su mansión trabajando de obreros.

En pocos días la residencia estuvo terminada. Era grande y llena de lujos: un conjunto de solitarios pasillos de mármol brillante; escaleras alfombradas con terciopelo rojo; y salones plagados de esculturas, cuadros y demás exuberancias. No obstante, existía una particularidad. No tenía ni ventanas ni puertas que dieran al exterior, estaba completamente incomunicada y privada de luz. Los padres, repudiando una sociedad irreal y fatigosa, habían decidido renunciar al mundo exterior y enterrarse en aquella tumba. Y en tales circunstancias tan antinaturales, nació Claude. Pero no estuvo acompañado demasiado tiempo, pues pronto la desesperación enloquecería a sus padres, quienes llevados por la demencia, empezarían a asfixiarse en aquél ambiente, y acabarían por morir de estrés intentando agrietar las paredes que ellos mismos habían construido. Lo sé, hay unos cuantos agujeros de guion: ¿Cómo se educó Claude solo? ¿Cómo se veía dentro de la casa? ¿De qué se alimentaba si estaba incomunicado? Les volveré a repetir que ésta no es una historia fundamentada y lógica, es totalmente inverosímil, así que limítense a leer lo que va ocurriendo sin hacerse preguntas.

Aquel niño, sin contacto humano alguno y con la genética rebelde de sus padres, creció divergiendo en personalidad de la gente de San Ricardo. Se alimentó de los conocimientos plasmados en sus múltiples bibliotecas, leyó libros a decenas hasta convertirse en un verdadero erudito, pero sobretodo descubrió la pasión que le guiaría hasta el último de sus días: el

piano. En el más grande de los salones, con la mejor de las acústicas y las comodidades más pletóricas, se encontraba un grande y preciado piano de cola, tallado en una fina madera y diseñado por los más experimentados músicos del país. ¿Con un dulce tan sabroso, cómo evitar caer en la tentación? En pocos años alcanzó una soltura con las teclas digna de un maestro y llenó sus vacíos emocionales componiendo partituras.

Sin embargo, la situación no se prolongó eternamente. Todo aburre, y ya como preadolescente, empezó a tener curiosidad por lo que aguardaba tras los muros enladrillados que le encerraban. Descubrió una grieta en una de las paredes, prácticamente indistinguible en su relieve, pero que debido a la oscuridad de las habitaciones, dejaba entrar la luz del exterior como un holgado río dorado. Arrimando la cabeza a la grieta, su experto sentido del sonido perfeccionado por la música, pudo percibir las voces de la gente que pasaba en el exterior, comerciando en un mercado. Claude había leído novelas durante toda su infancia, conocía una infinidad de palabras y era una persona muy culta, pero no sabía hablar.

De modo que aquella se convirtió en su nueva afición. Empezó a pasar más tiempo arrimado a aquella rendija que delante del piano, cogiendo un diccionario en una mano e imitando la pronunciación de las palabras que iba oyendo en el mercado de forma postiza y forzada. Así aprendió a hablar, aunque como es natural, en el futuro cometería errores en la pronunciación de algunas palabras de especial dificultad. Y fue entonces cuando por primera vez en su vida, se planteó cuestiones tan fundamentales para una persona, como puede ser la naturaleza de su existencia: ¿para qué servía él? ¿Cuál era su propósito en el mundo? Sin haber alcanzado nunca una relación humana, no tenía objetivos ni metas, no tenía esperanzas ni ambiciones; todas sus dudas se centraban inamoviblemente en la profunda curiosidad que le corroía por dentro como un ácido. No había luz suficiente en la mansión, no sabía qué aspecto tenía una persona, ni entendía la función social que todos debemos adoptar con nuestros trabajos, y por descontado no tenía un mínimo concepto del racismo, machismo o la desigualdad social. Él solo sabía una cosa, tenía que traspasar aquella pared.

Fue recolectando objetos contundentes por las inmensidades de su hogar: martillos, viejas espadas, mazas, porras,... incluso probó con los lingotes de oro restantes! Los usó todos del mismo modo, golpeó una y otra vez aquella pared agrietándola poco a poco; pero cada vez que lo intentaba, antes de romperla los objetos se marchitaban y quedaban sin uso. Sin embargo no podía rendirse, estaba obsesionado con descubrir la forma de atravesar aquella pared. Y pensó, "si yo puedo oírles, quizás ellos puedan oírme a mí, y ayudarme a escapar". Se arrimó a la ranura de la ahora deforme pared y empezó a gritar desesperado con su peculiar voz poco acostumbrada. Pero luego de haberlo intentado durante bastante tiempo,

desistió y empezó a llorar tendido en el suelo de la habitación.

Hay algo que no he concretado durante mis explicaciones: había tenues luces de velas por todas las habitaciones, pero éstas eran poco enérgicas y quedaban eclipsadas ante el vacío que se promulgaba en las grandes salas de la mansión. Es por eso, que tras tanto tiempo viviendo en aquella casa, nunca había dado con aquel pedacito de la habitación. Y es muy curioso, porque fue precisamente la aleatoriedad lo que salvaría la vida de Claude. Llorando desparramado en el suelo de la habitación, palpó algo inesperado con su mano derecha, y al instante su atención se redirigió al objeto. Aparentemente era un tejido, correspondía al tacto, pero era extraño porque su volumen y firmeza eran desmesurados, como si cubriese algo. Buscó un candelabro, lo cogió en mano y volvió al lugar donde había llorado hacía unos segundos tratando de ubicarse sin referencia. Dio con la manta, y pudo prever lo que ocultaba en su amplitud; descorrió lentamente el tapujo para poder horrorizarse al descubrir resecos y descompuestos los cadáveres de sus padres.

Se echó atrás mientras gritaba del terror y de la pura sorpresa, hiperventilando sin control; se tomó unos instantes para asimilarlo, se levantó y se marchó corriendo a otra habitación. Pero aquello no había terminado, la rendija estaba dentro de aquel horrible antro, y no volver a entrar era resignarse a morir; debía apartar los cadáveres. Al día siguiente volvió al cuarto y se puso manos a la obra, sin saber que aquel sería el día en que descubriría un nuevo mundo. Agarró de los pies el cuerpo putrefacto de su madre y con sus aún juveniles músculos, la arrastró por el parqué de la habitación, al mismo tiempo que destapaba la parte superior del cadáver. Cuando hubo terminado de trasladar el cuerpo en aquella traumática experiencia, se fijó una última vez en él y reveló en su mano derecha un objeto un tanto característico: era un clavo, pero no se parecía en nada, puesto que su medida alcanzaba prácticamente el medio metro. Al poco, reparó en que era precisamente la herramienta que habían usado para hacer la célebre rendija en la pared; un clavo dotado de la longitud precisa para atravesar de principio a fin el grueso muro. ¿Y qué otra cosa podía hacer? Fue en busca de un martillo, y cogió consigo el clavo. Se dirigió a la pared y una y otra vez golpeó el clavo con la mayor fuerza que pudo ejercer sobre la pared. Una vez en su máxima profundidad, lo sacó haciendo uso de la parte anterior del martillo. El mismo proceso fue repetido una y otra vez, hasta que el grueso muro pareció una colmena de abejas.

Claude gritó con la mayor intensidad que sus pulmones le permitieron. “¡Ayuda, estoy atrapado!”. Y al no obtener respuesta, seguía gritando. En un principio se oía el jaleo del mercado en plena esplendor, pero a medida que Claude insistía con mayor fervor, la gente del exterior iba frenándose y quedándose en un estado más silencioso y receptivo. Hasta que no se oyó un alma en el mercado, pero Claude seguía gritando en su mayor intensidad y golpeando la pared. “Ayúdenme, por favor. Ayuda, estoy

atrapado”, seguía repitiéndose. No parecía haber respuesta alguna, hasta que unos golpes muy fuertes empezaron a hacer temblar la pared. El mismo techo expulsó polvo y piedra como si fuese un volcán, y Claude fue retrocediendo a la vez que la luz más intensa que jamás hubiese visto le cegaba. Los ciudadanos habían golpeado entre todos la pared con mazas de hierro, hasta derribarla.

Cuando recuperó la vista, se vio envuelto en una multitud que aguardaba respuesta. Esperaban que Claude dijese algo, pero él aún no tenía confianza en su modo de hablar. Se mantuvieron en un incómodo silencio hasta que un ciudadano cualquiera se adelantó y dijo: “Hijo mío, ¿cómo es posible? Nadie vive allí dentro desde hace mucho, todo el mundo lo sabe.”

Y tartamudeando, Claude le respondió.

— Al parecer quedaba alguien en el interior.

— ¿Pero cuánto tiempo llevas en la mansión? ¿Quién te encerró?

— Yo nací ahí dentro— Desatando una oleada de susurros entre la muchedumbre.

En decir aquellas palabras, pudo ver reflejada en los rostros de los ciudadanos, la culpa más sutil e indiscernible jamás mostrada en la historia humana, lo que sin embargo acercó lo máximo posible a los san ricardeños, a ser realmente humanos.

Y ahora que pisaba mundo, Claude tenía muy presente que no dejaría que nadie ni nada se interpusiese en el camino de su curiosidad. Él quería lograr grandes hazañas y vivir emocionantes experiencias, pero nunca imaginó, que sería el propio amar lo que le traería su desdicha.

Capítulo 3

(El Orfanato)

Al no tener la más mínima intención de volver a pisar en toda su vida la vieja mansión, y a la vez no tener ningún familiar ni tutor que pudiera cargar con su responsabilidad, Claude acabó en un orfanato. Aquello no era para nada un contratiempo, pues suponía una espléndida oportunidad de perfeccionar su habla y de conocer nuevas personas como él. Aun así, pronto descubriría que las cosas no eran como las había imaginado.

La encargada del lugar se llamaba Dolores. No era su verdadero nombre, pero al ser una mujer de edad avanzada, al estar quejándose todo el día de su espalda y al ser un tanto hipocondríaca, a algún niño ingenioso se le habría ocurrido el mote. Y así se había acordado hasta el punto de identificarse ella misma con dicho nombre.

— ¡Vas a dormir aquí!

Dolores, con una larga sonrisa le mostró una vieja cama hecha polvo. Parecía que le estuviese entregando una delicia de gran valor, en lugar de aquella bazofia. Las mantas estaban descoloridas y hedían, el colchón se había llenado de insectos escurridizos, y entre las patas de la cama jugaban un par de ratas. Pero no podía insultar a la buena de Dolores con una mala cara, así que estiró los mofletes forzosamente, sacó su reluciente dentadura y le contestó.

— ¡Muchas gracias señora Dolores!— Lanzándose ella a abrazar al recién llegado.

Y mientras aún estaba entre sus brazos, abrió los ojos y sintió algo que jamás antes había experimentado: vergüenza. Ante sí, presentes desde que había cruzado la puerta, estaban todos sus compañeros mirándole con perplejidad. Cuando Dolores le soltó, él esperaba que todos empezasen a reírse del débil y cándido Claude. Pero aún no comprendía lo irreal que era San Ricardo, su artificialidad. En contra de sus expectativas, todos sus compañeros se lanzaron en un abrazo colectivo rodeándole por completo y fulminándole con una odiosa avalancha de caricias y sonrisas.

Estuvieron toda la noche hablando, como si fuese un interrogatorio feliz (y eso no lo hacía mejor para Claude). Le preguntaron todas las cosas sobre las que tenían curiosidad, y para evitar mencionar sus experiencias traumáticas, Claude inventaba alguna historia divertida para contentarles.

Tal vez era verdad que la felicidad de uno es el reflejo de la de los demás.

Él también sacaba en claro toda la información que podía de aquel mundo tan ajeno a su persona, aunque lo hacía con cuentagotas en comparación a sus compañeros. Hasta que llegó el momento en que hizo la pregunta inadecuada.

— ¿Qué les paso a vuestros padres?

Uno de los que estaban más cercanos a él, le respondió.

— ¿Qué pregunta es esa? Es evidente que a todos nuestros padres les ha sucedido lo mismo Claude... ¡Somos huérfanos!

— Ya, quería preguntar de qué modo murieron.

Al principio se quedaron en silencio, pero fue solo porque no se esperaban aquella pregunta. Luego fueron respondiendo de manera muy característica: no lo decían con tristeza ni estremecimiento; le iban respondiendo de forma alegre, podría hasta decirse que entusiasmada, como si no tuviesen sentimientos. Una minoría decía que habían nacido cuando sus padres ya eran mayores, y que murieron por la edad. Pero la mayor parte reconocían que los susodichos, al igual que muchos de sus otros familiares, habían sufrido algún que otro accidente laboral en las fábricas de José Navarro, debido a las pésimas condiciones de trabajo y a los innumerables fallos en las instalaciones. Y otra vez se sorprendía Claude, pues no sentían resignación ni rabia, solo conformidad ante los terribles actos de aquel empresario, José Navarro.

— ¿Y dónde les enterraron? ¿Hay algún cementerio en San Ricardo?

— ¿Para qué necesitan un cementerio? Sufrieron una evaporación.

Claude estaba desconcertado, no tenía la más mínima idea de lo que estaban hablando. Pensó que se les había ido la cabeza, pero no era así. Casi susurrando se dijo a sí mismo, “¿evaporación?”; pero por miedo a desentonar en algo que trataban de habitual, inmediatamente se puso a disimular.

— ¡Sí!, la evaporación. Ya me voy acordando— Se quedaron mirándole con cara de póker, y luego prosiguió agudizando su tono como si le fuesen a hacer daño por decirlo— ¿Qué era la evaporación? Esto..., debéis comprender que tanto tiempo en la mansión afecta a la memoria.

De forma muy amable se lo explicaron. A diferencia de la realidad, cuando alguien moría en San Ricardo, su cuerpo se desvanecía. No era exactamente una evaporación, pero el efecto era similar. Y constando la recta actitud religiosa de los ciudadanos, habían tomado este fenómeno

como un hecho divino, una iluminación.

Tras tanto alboroto y sinsentido, Claude empezó a lanzar evasivas y a fingir que tenía mucho sueño. Necesitaba reflexionar y todo era muy extraño. Abrió su manta, se acurrucó en el interior de la cama, e intentó pasar por alto el hedor, los bichos y las ratas que le acompañaban en sus cercanías. Pronto se acostumbró, pero lo que vino después no fue para nada mejor. Sabiendo que todos los muertos se evaporaban al morir sin dejar rastro, no podía dejar de fustigarse recordando el cadáver putrefacto de sus padres. Su fétido aliento, sus alargadas uñas, su pálida piel,... Y no podía dejar de preguntarse cómo podía aquello ser verdad. Para preservar su salud mental, mantuvo una posición escéptica ante la evaporación; pero poco tiempo después presenciaría él mismo uno de estos fenómenos, y sucumbiría ante la fantasía. La verdad era mucho más compleja: solo aquellos que habían abandonado el mundo de forma pura podían desvanecerse, y aquellos culpables o sujetos de asesinato o suicidio (como en el caso de los padres de Claude), estaban condenados a una eternidad de exposición en nuestro mundo. Claro que nadie lo sabía, pues volveré a repetir que todos los ciudadanos de San Ricardo eran inocentes y perfectos; nunca habían presenciado un hecho de horror equiparable a un suicidio o un asesinato.

La mañana siguiente fueron al mercado. Era domingo, por lo que al mediodía se dirigirían todos a la iglesia, cernidos con sus mejores prendas (por muy austeras que fueran) y con sus habituales sonrisas.

El mercado se situaba justo en el centro de San Ricardo, junto a la mismísima mansión de Claude. Su viejo hogar se había convertido en una especie de santuario, lleno de velas y flores; a la vez que todos temían entrar en sus oscuros pasadizos y una estremecedora oscuridad se prolongaba desde la brecha que habían abierto.

— ¿Tú vivías ahí?— Le preguntó uno de sus compañeros con curiosidad. — ¿Y no tenías miedo?

— No hay nada que temer. Solo son habitaciones y pasillos.

— Ya, pero pasillos muy oscuros. ¡No se ve nada! ¿Cómo lograbas moverte por ahí dentro? ¿Podías ver?

— Supongo que tenía... un gran sentido de la intuición.

Aquel niño se paró a mirarle, y sin ánimo de hacer ningún daño le propuso una pequeña aventura, que Claude rechazó de inmediato.

— ¿Sabes qué? ¡Yo no tengo miedo! Yo entraría allí dentro si me acompañases y me hicieses de guía, no me preocupa la oscuridad. ¿Y si le pidiésemos a Dolores entrar a tu vieja mansión? Como en una excursión.

— ¡De ninguna forma! Yo no vuelvo a entrar allí— Claude estaba consternado, pero cuando al cabo de unos segundos estuvo menos emocional, probó a tentar la perfección de aquel niño— ¿Y por qué deberíamos pedir permiso? Vendré contigo si nos escapamos.

Su compañero le miró confuso, nunca había visto a nadie actuar de esta forma tan rebelde.

— ¡Eso no está bien! ¿Cómo puedes pensar así?

— Solo es una profesora y sus normas. Las normas están para romperlas.

— Claude... ¡para! Me estás dando mucho miedo. Nunca había conocido a alguien como tú, tu forma de pensar es... antinatural. Te buscaré problemas.

El niño se marchó apresurado hacia los demás niños, pero Claude le detuvo antes de que llegase agarrándole de la mano y captando su atención.

— ¡Espera! No te he entendido bien. ¿Por qué hablas así?

— Te pareces a tus padres, siempre haciendo preguntas— Le cogió las manos para evocarle una mayor sensibilidad— Somos buenas personas Claude, no debemos pensar así. ¡Mira a tu alrededor! ¿Ves a alguien hacer algo mal? Todos nos ayudamos y somos buenos,... ¿por qué tú no? Al menos intenta aparentar que eres normal.

— Sólo he dicho que no necesitamos el permiso de Dolores. ¿Cómo hemos acabado hablando en este tono? Relájate.

— ¿Ya has acabado? No me gustaría que los otros niños se enterasen de esto, te echarían todos del orfanato y tendrías que vivir en la calle.

Y aquel niño se marchó con sus compañeros sin despedirse. Fue una experiencia un tanto excéntrica para Claude, pero le introdujo a la verdadera locura de San Ricardo. Claude estaba en un mundo de locos, y a pesar de que se sentía el más cuerdo del ambiente, era tratado como la oveja negra del grupo.

Tras mucho caminar, acabaron llegando a la iglesia para hacer sus oraciones. El pueblo entero quedó vacío, nadie faltaba a misa. Se dispersaron todos por la sala, tomaron asiento y fueron apagando la intensidad de su tono. Y cuando todo estuvo en silencio, el capellán entró

a la sala y se situó frente a un pequeño altar que estaba delante de los bancos. Abrió su libro y empezó a hablar directamente a los san ricardeños. En la primera parte, les habló de bondad y de obediencia, mientras alababa las grandes cualidades de su salvador, José Navarro, quien les había proporcionado estabilidad económica y seguridad. Pero fue más tarde cuando la cosa se puso más peliaguda: el capellán empezó a decir frases cortas (nada extraño, todo relacionado con dios), y de forma unánime, todo el público empezó a repetir lo que había dicho.

Si algo no era Claude, era religioso. No creía en una presencia superior, y algo a lo que estamos tan acostumbrados como una misa, le pareció digno de una secta. Aun así, sacó algo en claro, José Navarro les debía estar manipulando mediante el capellán; lavándoles el cerebro para que no tuvieran voluntad de resistirse. Claude pensó, que quizás todos eran tan surrealistas porque les habían lavado el cerebro desde pequeños. Pero no era así, San Ricardo era una isla virginal, un paraíso escondido de mentiras donde irónicamente vivían los peores demonios. Él era una mancha en aquel paraíso, estaba totalmente fuera de lugar. Y aún no se daba cuenta de que sus excéntricas cualidades no eran una vergüenza, sino una oportunidad.

Así fue como en su segundo día reparó en la religiosidad que le rodeaba, pero aún más importante, fue cuando empezó a entender aquella simplicidad contradictoriamente compleja; aquél carácter exageradamente bondadoso y conformista que él repudiaba con todas sus fuerzas, que le asqueaba y le instigaba una horrible sensación en la garganta. No pensaba conformarse con aquél personaje que estaba interpretando, sus instintos le llevaban a destacar sobre la mayoría, y si él no iba a cambiar por el resto del mundo, San Ricardo debería cambiar para él.

Capítulo 4

(Almas gemelas)

Claude pasó toda la mañana siguiente pensando en formas de hacer aterrizar a todos los somnolientos maniquíes que le perseguían desde el almuerzo hasta la cama. Tenía que haber una manera, aunque remota, de hacer entrar en razón a toda aquella multitud; de ayudarles a reparar en los indudables abusos laborales que sufrían. Pero aún más que todo lo dicho, Claude quería hacerles despertar porque toda la felicidad que le rodeaba le resultaba aborrecedora: una sopa insípida que le intubaban a contra voluntad todos los días, que le ardía en el paladar y le instigaba a cortarse la lengua a mordisquitos para dejar de sentir. Dicho esto, tendría que esperar un poco más, pues un nuevo pez en el acuario reclamaba su atención.

En su segundo día en el orfanato, conoció a Anna. Cualquiera habría pensado que aquella muchacha era igual que todos los demás clones de San Ricardo, pero detrás de sí aguardaba una historia fuera de lo común. Sus padres habían fallecido hacía un año en circunstancias desconocidas y la ya bien entrada en la adolescencia huyó de la ciudad para adentrarse en los bosques, desapareciendo de forma enigmática. Una semana antes de conocerla, un par de granjeros la encontraron medio muerta saliendo de unos arbustos que daban a la parte más tenebrosa del bosque. Iba empapada en sangre seca de pies a cabeza, según ella de animal. Cuando los ciudadanos le preguntaron qué había hecho todo aquel tiempo, ella aseguró que había estado viviendo en unas cuevas al pie de las montañas. Registraron todo el valle, pero nunca encontraron el lugar.

Anna era la quinta persona diferente a todos los san ricardeños.

— ¿De dónde vienes?— Le preguntó un huérfano, inconsciente de la situación.

— ¡Apártate de mí, pequeña sanguijuela!— Retrocediendo el niño.

— ¿Qué te ocurre? ¿Necesitas ayuda?

— ¡Si tengo que decirlo una vez más, te juro que te arrancare los ojos de cuajo!

Por primera vez en todo aquel tiempo, Claude presenció cómo uno de aquellos niños perfectos era sacado de sus casillas y se marchaba enfadado; pero aún más importante, conoció a una persona que se parecía mínimamente a él. ¿Podía aquello ser cierto? Nunca un carácter de

tanto odio pudo ser más dulce.

Durante los primeros días de su estancia la estuvo observando distantemente. Claude buscaba una forma de introducirse lo suficientemente amable como para entablar una amistad, pero no tanto como para resultarle irritante. Y mientras él se consumía entre dudas, Anna iba haciendo de las suyas: insultando a Dolores cada vez que se preocupaba por su estado, escapándose del grupo cuando iban de excursión por San Ricardo, e incluso llegó a pegarle a algún niño cuando tuvieron intención de hablarle. Al poco tiempo, sus compañeros en el orfanato dejaron de dirigirle la palabra. Anna había conseguido que algo aparentemente imposible sucediera. Había sacado odio de todas aquellas sonrisas perfectas.

Un día mientras estaba sola, Claude se aventuró a dirigirle unas palabras. Si bien ella no supo cómo reaccionar, la conversación le pareció insultante a la par que interesante. De forma muy directa, le dijo.

— ¡Eres una horrible persona! Tratas mal a todo el mundo, pero aún más estremecedora, es tu capacidad de disfrutar del dolor ajeno. Te crees que provienes de una alta capa social, cuando tus padres no eran más que trabajadores de fábrica. Y justificas tu actitud rebosante de egocentrismo con tus malas experiencias. ¿Cómo duermes por la noche?

Anna se puso en situación, haciendo uso de aquella mirada altiva que tanto le gustaba. Luego, con cierto sentido del humor, le contestó. — Yo también me alegro de conocerte... ¿Te ha venido la regla? Eres un gran maleducado. ¡Y encima llevas dos días persiguiéndome!— Y terminó murmurando indistinguiblemente mientras el joven Claude le daba la espalda.

Su amistad no empezó muy bien, pero luego todo es relativo. Estuvieron discutiendo durante toda la primera semana, odiándose sin cesar. Un alarde de gritos, resentimiento y ostentación de méritos que no llevaba a ninguna parte. Mientras a su vez, ambos sentían una tensión inexplicable que no encontraba cura. Nada sexual, pero eran dos gotas del mismo elemento, que tarde o temprano tendían a encontrarse.

Luego vino la parte más incómoda. Una distancia promulgada entre los dos se hizo omnipresente, como una orden de alejamiento inquebrantable, insondable. Cada cierto tiempo se dedicaban miradas puntuales, que luego disimulaban y trataban de olvidar. Servían sin embargo para denotar el mutuo interés que se transparentaba.

Hasta que cierto día entablaron una conversación con pies y cabeza. Algo macabro, pues en lo primero que se entendieron fue en el arte de criticar

a otras personas. No podemos culparles, ambos eran cadáveres andantes que habían estado absorbiendo de malas formas la ininterrumpida positividad de San Ricardo. Bombas de relojería inquietas por un desactivador, por una alma gemela. Aunque quizás no eran tan parecidos como les pudo parecer a primera vista.

Al poco tiempo empezaron a hacerlo todo juntos. Parte del carácter cínico de Anna se le traspasó a Claude, dándole una cierta expresividad que antes le faltaba. Así empezaron a tratar mal a sus compañeros de orfanato y a Dolores, ejerciendo un efecto humanizador cada vez más influyente. Pero lo que más disfrutaban haciendo juntos, era escapándose de todo. Se marchaban a las montañas que rodeaban la población y empezaban a caminar, yendo a sitios diferentes cada vez: un día encontraban un riachuelo entre los espesos bosques, y al siguiente subían a la más alta cima y eran eclipsados por un paisaje embelesador.

La relación que mantenían parecía ser perfecta. Conseguían deshacerse de todo el odio que habían acumulado hasta llegar a vislumbrar aunque tenuemente, una ternura romántica. Y Claude jugaba entre dos aguas: por una parte era un consumado artista, un devoto de la creación falto de agallas para expresarse socialmente; pero por otro disfrutaba sin paragon con el cinismo y la actitud vividora que Anna le transmitía. Aunque quizás solo estaba aparentándolo y se engañaba a sí mismo, dado que Anna era mucho más lanzada.

Claude era un preadolescente, y ella, mucho mayor, iba desesperada sexualmente. Una noche, después de disfrutar de una cena bajo la luna cuando se habían escapado a los bosques, Anna se le lanzó en un incesante beso que le llegó hasta la garganta. Él estaba petrificado, su temor era tal que no sabía si ponerse nervioso o lanzarse intrépidamente, así que Anna eligió. Fue quitándose la ropa sin dejarle tomarse su tiempo para decidir, y antes de que pudiesen reflexionar en lo que iban a hacer, ya había ocurrido. Perdieron la virginidad aquel día, o al menos eso decía ella, puesto que de una persona así nunca se puede esperar la completa verdad.

Y Claude era una nube andante de preguntas e incertidumbre. Mil dilemas recorrían su desperdiciada cabeza: ¿Estaba haciendo bien entregándose a Anna? ¿Se había excedido aparentando ser un vividor? Nada parecía claro, y nada tenía una respuesta evidente. Naufragaba entre dos horillas perdidas en la niebla. Podemos sin embargo, justificar a nuestro Claude, pues él solía ser llevado por las emociones y el amor que le profesaba a Anna era lo único que le corrumpía. Dicho esto, su buen intelecto le susurraba inútilmente que algo no iba bien.

En una de sus escapadas, Anna se expuso levemente al juicio de Claude. Le llevó a una caseta perdida entre los bosques donde residía una amable anciana. Desde el exterior aquello parecía un tugurio, cebo de hierbas que agrandaban sus raíces y estiraban sus fuertes tibias hasta encoger la misma caseta y abrazar su tejado. Pero cuando entrabas se hacía encantador. Un summum de comodidades de lo más lujosas y aromas exóticos que no dejaban nariz descontenta. Claude entendió que la anciana había ejercido de madre para Anna durante mucho tiempo. También le preguntó si durante éste último año, la muchacha había estado viviendo con ella, pero al parecer no sabía que Anna se había escapado de San Ricardo, hacía mucho que no la veía. ¿Qué ocultaba tras toda aquella personalidad? ¿Estaba siendo engañado, o tan solo le contaban medias verdades? Era realmente desquiciante, pero al menos había empezado a abrirle su caja de los secretos.

La anciana les recibió muy a menudo. En vez de revolcarse en el barro de los bosques como vagabundos, habían encontrado un refugio que les permitía comportarse de forma mínimamente cívica. Podían almorzar y merendar galletas con té y leer bajo una buena chimenea (pese a que el estudio no era la mayor devoción de Anna). Sin embargo habían renunciado a un punto clave en su relación, la intimidad. Para dar fin a este problema, Anna daría el último paso en su relación para que Claude la conociese.

Le estuvo hablando durante un tiempo, preparando el terreno. Aquellos últimos días estuvieron especialmente pegados: en las comidas, en el recreo, durante la escuela, en sus escapadas, por las noches,... ella estaba eufórica, y Claude no sabía del todo cómo tomárselo. Si tener miedo o intriga; si pedir un respiro o lanzarse a sus brazos; los altibajos eran notorios. Anna hablaba de un gran secreto que estaba por revelar, el último de ellos. Claude, impaciente, la instaba a apresurarse en dar fin a aquella interminable angustia, aquel misterio. Pero la demora no llegaba nunca a su fin. Estaba demasiado comprometida, y temía por la reacción que Claude pudiera tener.

Finalmente se decidió y le pidió que la siguiera con cautela. Lo hizo realmente íntimo, tuvieron que escaparse de noche. Anna le guió por la parte más tenebrosa de los bosques de San Ricardo, donde las bestias más feroces gruñían en las tinieblas mientras ellos avanzaban entre arbustos y lodazales. Una luna llena iluminaba las copas de los árboles y los lobos nocturnos respondían a su llamada. Claude se fijó en que la ruta era muy semejante a la que habían tomado para llegar a la choza de la anciana, y supuso que era el área donde había estado escondida todo aquel año.

— ¡Estoy muy emocionada! Te va a encantar mi sorpresa... Es tan genial que nos hagamos encontrado— Le dijo casi gritando— Ya casi estamos. ¡Ven sígueme!

En las cercanías de un pequeño lago, disimulada entre una maraña de matorros discernieron una entrada grabada en el suelo rocoso, casi inapreciable. Era la entrada a una cueva de gran profundidad. Un refugio tan escondido que no podía encontrarse sin conocer antes el camino. Bajaron por una pendiente que daba inicio al lugar, apoyándose con las manos y frenando la caída con los pies. Claude reparó en que la superficie rocosa era suficientemente irregular como para que, a pesar de la inclinación del terreno, pudiesen salir cómodamente escalando.

Luego se encontraron en la parte inferior, donde el suelo ya era llano. Estaba muy oscuro, y a una gran profundidad. Ellos tan solo veían lo que la luz de la Luna iluminaba cual intenso foco; un círculo de luz gélida rodeada por un manto de oscuridad. De todas formas, por el eco que se producía al hablar pudo deducir que estaban en una estancia muy amplia.

— Espera aquí, voy a buscar algo de luz— Le dijo antes de desvanecerse en la oscuridad.

Anna, quien había vivido en aquella cueva durante poco más de un año, sabía situarse en el lugar aunque no se viese nada. Por ello supo llegar a una vieja mesa de trabajo no muy alejada, y alcanzó así una antorcha y aceite listos para prender. Luego volvió a la luz junto a Claude.

— ¿Qué estás haciendo?

Anna trataba de encender aquél oleo para iluminar la estancia.

— Sujétame este trozo de madera. Yo haré girar el palo, y así crearemos una chispa. Bastará con eso— Le explicó.

— Oye, ¿no notas algo? ¡Huele fatal! Es como si...— Fue interrumpido.

— ¡Atiende! Se te está moviendo la madera.

Claude no era objeto de delirios, estaba totalmente en lo cierto. Una fétida pestilencia que arrugaba por completo sus narices provenía de la oscuridad. Aquel insoportable hedor, era capaz de enloquecer el buen juicio de Claude y obligarle a saltar fuera de la cueva. Tuvo que taparse la nariz de manera enérgica.

Finalmente, tras liberarse una tenue columna de humo empezaron a salir pequeñas chispas alborotadamente, hasta que una de ellas dio con la antorcha y la encendió de forma rápida y espectacular. Pero como estaban agachados al nivel del suelo y el fuego no respiraba lo suficiente, la luz

aún estaba encerrada.

— ¿Estás preparado?— Le dijo con los ojos rebosantes de alegría mientras él disimulaba que se estaba tapando la nariz— Quiero que sepas que ante todo yo te quiero. Y por eso quiero que hagamos esto juntos.

— ¿Hacer el que?

Anna se lanzó en un beso para evitar responder a su pregunta. Luego contó hacia atrás— Tres...Dos....Uno...

Cuando se levantaron y ella alzó la antorcha, una flamante llamarada ascendió hasta el mismo techo y alumbró sin reservas la totalidad de la cámara donde se encontraban. Claude, estremecido, liberó instintivamente un grito con tal efusividad que se oyó por todo San Ricardo. Luego retrocedió arrastrándose por el suelo hasta volver a la parte alumbrada por la luz Selene.

— ¿No te gusta?— Se detuvo y gritó airada— ¡Claude, me estás enfadando!

Estaba traumatizado. Ante sí yacían inertes una veintena de cadáveres de gatos rebanados, descuartizados, ensangrentados de principio a fin, descabezados, mutilados, desollados,... Una caótica imagen de negro y rojo que se quedaba clavada en el más profundo recoveco de nuestros cráneos. Inmóvil, imborrable.

Lo tuvo bien claro: Anna era un psicópata. Le encantaba matar seres vivos clandestinamente. Claude había pensado que ella era una muchacha rígida por fuera y tierna por dentro, pero se había equivocado gravísimamente. Y entonces se le ocurrió que le había traído allí para proponerle unirse a ella, para que la ayudase en su macabra tarea. Aquello explicaba la notable desaparición de gatos que había sufrido San Ricardo, pero los inocentes ciudadanos no podían ni plantearse algo así. ¿Qué le garantizaba que no le haría daño a él al rechazarla? Debía ir con mucho cuidado.

— Anna, ¿has matado a alguien más? ¿Has matado a alguna persona?

Ella le miró con unos ojos de extrema locura y le replicó con una amplia sonrisa de perlas blancas— No... ¿Quieres que lo hagamos?

— Apártate de mí. No quiero verte.

— ¿Qué te ocurre? ¿No lo apruebas?— Realmente estaba desconcertada. El muchacho le dio la espalda mientras intentaba escapar de aquel antro—

¿Qué haces? No puedes salir sin mí. ¡Espérame!

— ¿Has perdido el juicio? Anna, quiero que te apartes de mí. ¡No me sigas!

Claude iba trepando por el declive, y cada vez estaba más lejos. Y si bien ya estaban alterados previamente, ahora elevaban aún más el tono debido a la distancia.

— ¡Yo creía que eras especial, pero no eres más que otro maniquí! ¡No puedes huir de mí, Claude! Vivimos juntos. Tarde o temprano tendrás que enfrentarte a mí. ¡Y te juro que si dices algo te mataré! ¡Te mataré a ti, a todos los huérfanos, a Dolores y a todos los malditos ciudadanos de San Ricardo!

Claude se fue mientras ella pronunciaba altiva sus coléricos delirios. La ignoró por completo, pero no podía negar el profundo temor que le transmitía Anna. Era una persona inestable, ni remotamente cuerda. Y bajo ningún concepto se habría imaginado nunca que su rebeldía y sus tan bien guardados secretos, serían tan macabros.